

## Prólogo

La situación «privilegiada» en la que nos encontramos las mujeres —occidentales— del siglo **xxi** ha sido posible gracias al coraje, tenacidad y afán de cambio de un gran número de revolucionarias, mujeres pioneras que abogaron por la defensa de sus derechos. Mujeres que se situaron —o a las que se situó— en muchos casos al margen de la legalidad. Los últimos años de un siglo **xix** plagado de revoluciones y los primeros años de un siglo **xx** fuertemente cambiante asistieron conmovidos a los diversos relevos llevados a cabo por las mujeres. Estas se adentraron en la vida pública: política, arte... Sus nombres dejaron de ampararse bajo alias masculinos y, aunque con grandes dificultades, empezaron a visibilizarse en una historia hasta entonces contada en masculino.

El triunfalismo es algo que, sin embargo, debemos dejar de lado en un discurso de este tipo. Todas y todos sabemos —o deberíamos saber— dónde estamos y todas y todos somos —o deberíamos ser— conscientes de las metas que todavía no se han alcanzado. Tampoco se pudieron alcanzar en la época en que vamos a centrar nuestro estudio.

Ya avanzado el siglo **xx**, era evidente la presencia de las mujeres en algunos espacios de lo público. Pasadas las primeras etapas heroicas parecía que finalmente habían llegado para quedarse. El arte era, en teoría, uno de estos espacios. Pero, como veremos en las páginas siguientes, no fue ni mucho menos así. Tampoco para la vanguardia. Tampoco para el movimiento surrealista. Consciente de esta realidad me centraré en el papel asignado a las mujeres en el seno del surrealismo,

movimiento que dominó la historia de las formas visuales durante las décadas tercera y cuarta del siglo xx. Más concretamente, abordaré la historia de dos mujeres que guardaron con esta apasionante vanguardia una relación paradójica, pues, a pesar de los cambios que iban operándose en la sociedad, las mujeres que se adentraron en la órbita artística seguían sujetas a los roles que les concedían los varones, es decir, continuaban siendo una imagen, un cuerpo, si acaso una metáfora. El término «artista» se asociaba a lo masculino, y los hombres artistas, revolucionarios y reivindicativos en muchas de sus propuestas sociales, continuaron no obstante con comportamientos conservadores, y a veces decididamente machistas, respecto de las mujeres.

Muchas de ellas, en principio sometidas a las leyes de «sus mayores» y no del todo desprendidas del peso secular de la tradición, se vieron incardinadas en una realidad que no les pertenecía. Algunas lanzaron enseguida los dardos de su libertad contra aquellos que de forma paternalista quisieron cercenarla. Entre ellas Remedios Varo y Leonora Carrington. Ambas ejercieron, en la segunda mitad del siglo xx —en las ascuas del surrealismo— una positiva influencia en el mundo artístico. Varo y Carrington, mujeres atrapadas, en un principio, en la historia del movimiento, se distanciaron de él y, como seres de libre conciencia y vívida inteligencia, fueron capaces de advertir las contradicciones del grupo al que se habían adscrito y sobre todo se percataron de que, dentro de él, las mujeres parecían jugar el papel de lo inactivo. Nada que ver con ellas, nada que ver con sus aspiraciones y sus sueños.

Pero sabían que trabajar en grupo, o al menos en comunidad de experiencias, fortalecía su propia posición y también enriquecía su vida personal. Si no podían —no debían— sumergirse en el papel que presuntamente se asignaba a las mujeres en el surrealismo, si no podían formar parte de un grupo que además se desintegraba por momentos, lo que sí podían era unirse, comulgar en la rueda de su propia actividad y

sentimientos. Seguramente esta fue una de las razones de una larga amistad y una espléndida comunidad de intenciones que han desembocado en algunas de las obras más interesantes que nos ha legado el siglo xx. Porque, sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que Remedios Varo se encuentra entre las grandes, las enormes, pintoras del siglo xx, y que Leonora Carrington, también espléndida pintora, lo está entre las mejores escritoras de su tiempo.

Con todo, y a pesar de lo anteriormente expuesto, no vamos a centrarnos en las posibles dificultades con que se encontraron estas artistas sino en sus logros, vehiculados en una praxis que nunca dejó de ser surrealista. En la vivencia del azar objetivo, de los encuentros casuales, de los sueños inducidos, de las experiencias personales, se encuentra el sentido de gran parte de las obras realizadas bajo el prisma surreal. Remedios y Leonora nunca renunciaron a la realidad de esta poética, ellas fueron tan surrealistas como el más convencido militante del movimiento. Pero querían desarrollar sus sueños sin que ningún epígono de Freud los analizase por ellas. En la interrelación entre sus obras y sus experiencias vitales, se encontrarán elementos esenciales que nos ayudarán a desvelar el lenguaje que ellas utilizaron, sus intenciones, sus sensaciones, aquello vivencialmente suyo.

Remedios Varo y Leonora Carrington. Vidas paralelas; una intensa relación de amistad; una influencia y un gran respeto mutuo; y, sobre todo, dos mujeres con una vida intensa. Todo ello es el resultado de vivencias similares amparadas en el marco teórico del surrealismo. Nuestras protagonistas nacieron en las primeras décadas del siglo xx, con todo lo que ello significa en cuanto a la posición que entonces ocupaban las mujeres. Las madres de ambas se quedaron en casa a imagen y semejanza del Ángel del Hogar; tanto Remedios como Leonora tuvieron que luchar para hacerse un hueco en el mundo del arte; pero la carrera artística de Carrington, a diferencia de la de Varo, no obtuvo el beneplácito completo de

su familia; las dos mujeres llegaron al surrealismo de la mano de artistas ya consagrados que, en ambos casos, eran mayores que ellas. Por lo tanto, sus obras de los primeros años se verán eclipsadas por la obra de quienes las acompañan.

Varo y Carrington participaron en diversas exposiciones junto a otros y otras artistas en el París surrealista. Pero, a pesar de ello, la obra que ambas realizan durante estos primeros años no augura el visible intercambio de ideas que en ellas ejerció su posterior amistad. Recordemos que el surrealismo, a pesar de sus múltiples contradicciones con respecto a las mujeres, supo acoger a un gran número de ellas, las cuales, desde el inconformismo, consiguieron transgredir el orden imperante. Transgredir: su significado variado y tormentoso confiere al trabajo realizado tanto por Varo como por Carrington una mirada nueva.

Ambas artistas serán víctimas inocentes de los acontecimientos bélicos del siglo xx: guerra civil española y segunda guerra mundial. Estos hechos supusieron a nivel personal una gran inquietud; la pareja artística y sentimental de la artista inglesa, Max Ernst, es encerrado y perseguido; Péret, pareja de Varo, a su vez, será perseguido por sus ideas políticas y por su participación en el bando republicano durante la guerra civil española. Ambos hechos marcarán profundamente a nuestras protagonistas y provocará que ambas se exilien a México. La Ciudad de México verá su confirmación como artistas y asistirá a la creciente amistad entre ambas. Solo la muerte de Remedios en 1963 impidió una mayor relación entre ellas.

Por todo ello podemos afirmar que sus vidas se interrelacionan y que nos encontramos ante dos mujeres con vidas paralelas, pero con personalidades diferentes. Mientras que Remedios Varo tuvo una personalidad y una agudeza muy afiladas, Leonora Carrington, extremadamente inteligente, fue más intuitiva que la española. Estos aspectos se transmitirán en sus obras.

---

En definitiva, Varo y Carrington han ejercido una influencia sonora en el movimiento surreal; han contribuido al crecimiento artístico y a la visibilización de las mujeres en el mundo del arte; se han complementado y compenetrado en el terreno vital, pictórico y literario. Pero no podemos pasar por alto que es su significativa relación con el mundo, con el surrealismo y entre sí lo que conformará su espíritu y su obra. Una obra que, como podremos observar, bebe de la mágica fuente de la imaginación. La paciente pincelada de ambas es el vehículo que nos acerca a sus intereses, y los colores que utilizan, terrosos en ocasiones y vivos en otras, nos devuelven, cada vez que ellas quieren, a un mundo de misterios que se nos desvelan en la significación de los títulos. Remedios y Leonora nos muestran la vivacidad, la fuerza de la magia, de la alquimia y de las leyendas. Ambas mujeres nos acercan a lo mejor del arte, a ese hilo invisible, inenarrable, que facilita la comunicación del artista con el espectador.